

manitaria, intercede ante el Gobierno español y pide desde ahora una actitud de clemencia en el caso de que fueran impuestas condenas a muerte, para que las mismas no sean ejecutadas, confiando en que el Gobierno hará uso con magnanimidad de las facultades que las leyes le otorgan en este sentido». La misma «máxima clemencia» que solicitó la Asamblea Plenaria del episcopado, sin «impedir o entorpecer la acción de la justicia».

Hacia un nuevo Concordato

De todo ello se podría deducir lo que está en el ánimo de casi todos —progresivos y conservadores—: que es preciso acomodar lo más rápidamente posible nuestro Concordato al Vaticano II. Las gestiones que, desde principios de año, llevó a cabo el ministro de Asuntos Exteriores en Roma y los comentarios que, durante todo este año se han ido sucediendo en la prensa, revelan que no puede tardar mucho en producirse este nuevo capítulo en las relaciones Iglesia-Estado. El subsecretario de Justicia, hablando en el Colegio Mayor Moncloa, acaba de decir significativamente: «Creo que estamos dando fin a un capítulo de las relaciones Iglesia-Estado». Y preguntado sobre las nuevas cláusulas de este Concordato, tan deseado por unos y por otros, piensa que se «encontrarán fórmulas más flexibles, llegando incluso a opinar que la ayuda económica al clero por parte del Estado «puede desaparecer», y que «todos los que nos sentimos hijos de la Iglesia tenemos que sentir la vergüenza de que la Iglesia viva de una ayuda del Estado». También afirmó otra cosa muy importante: que en el próximo Concordato «no habrá, con toda seguridad, fuero eclesiástico»; con ello, todos —clérigos y seculares— estarían civilmente en situación de igualdad.

Tres afirmaciones finales que dan lugar a reflexión hizo también el subsecretario de Justicia y antiguo dirigente de Acción Católica: 1.º «La Iglesia... quiere estar despojada de todo poder y no quiere proteccionismos de ningún tipo». 2.º «La Iglesia no puede ser nunca una Iglesia de partidos, ni de clases, ni de culturas». 3.º «La Iglesia... debe vivir sin enfeudamientos... y el Estado también debe estar libre de las presiones de la Iglesia».

«En resumen —como él mismo dijo—, ni cesaropapismo ni clericalismo». ■ E. M. M.

